

Sueño, fija la vista en lo incomprensible. Cerrado está el cenit. Los justos son el blanco de la mentira desvergonzada; el bien, que parece ciego, tiene el mal por ministro. Pero, tranquilizado, veo, bajo aquella puerta siniestra, la rendija de claridad.

X

El bien germina á veces en las zarzas del mal. Con frecuencia, en el edén vago y azul del ideal, estremeciéndome, sintiendo apenas que existo, al través de mi triste humanidad, como por los barrotes de una cabañuela, veo abrirse, en el fondo de un resplandor inmenso, flores monstruosas junto á espantosas rosas. Siento que por deber escribo todo aquello que, en el áspero y tembloroso pergamino, parece nacer siniestramente de la sombra de mi mano. ¿Eres acaso tú, grande aliento insensato de los profetas, quien viene á turbar mi pensamiento? ¿A dónde, sino, soy llevado por ese nocturno azul? ¿Es un cielo eso que veo? ¿Es el obscuro sueño del que distingo la puerta abierta de par en par? ¿Es que obedezco? ¿Es que mando? ¿Huyo, tinieblas? ¿Persigo? Todo cruge; momentos hay en que no sé si soy el soberbio jinete ó el feroz caballo; tengo el cetro en la mano y en la boca el freno. ¡Adiós; dejadme paso, abismos, precipicio azul, precipicio negro! ¡Cállate, trueno! ¿A dónde me llevas, Dios? Soy la voluntad, pero soy el delirio. ¡Oh vuelo en el infinito! Puedo muy bien decir á cada instante, como Jesús dirigiéndose á Lamma Sabacthani:—¿Es largo el camino todavía? ¿Ha concluído esto, Señor? ¿Permitiréis

pronto que me duerma? El Espíritu hace lo que quiere. Siento el enorme soplo que Eliseo sintió y que lo levantara; y oigo en la noche que alguien me dice:

—¡Anda!

XI

TRABAJO

Me pongo á trabajar, amigos; he tomado papel y pluma, y empiezo á escribir; escribo versos, escribo prosa; pienso. Hago cuanto puedo por apartarme de la mentira, del mal, del egoísmo y del error; oigo rugir en mí el negro abismo de las palabras flotantes; trabajo.

Esta palabra, más profunda que todas, es dicha por el obrero y repetida por el apóstol; el trabajo es deber y derecho, y su orgullo consiste en ser la esclavitud siendo la libertad. El presidiario del deber y del trabajo es libre.

¡Cómo, pensador! ¡vas á restablecer el equilibrio, en el fondo de tu espíritu, que ocupaban otros cuidados, entre la idea y la palabra, entre el más y el menos! ¡Prosa! ¿Para qué? ¡Versos! ¿Para qué? ¡Rimas! ¡Frasas! ¿Con qué objeto? ¿Para qué abismos, misterios, la vida y la muerte, los secretos del crecimiento extraño y sombrío de los bosques y de los

pueblos, y de la sombra en que crecen los imperios, y de todo ese humano enigma en que los Shakespeares nadaban, y que recorrían, los ojos de par en par abiertos, Tácito con su prosa y con sus versos Dante? ¿Para qué la belleza, el arte, la forma, el estilo, Lucrecio y el espondeo, Horacio y el dáctilo, y todos esos arregladores de metros y de palabras llamados Píndaro, Esquilo, Job, Plauto, Isaías y Amós? ¿Para qué sirve lo que en la tierra hace el hombre grande?

Más les valdría callar á los que de este modo hablan. Conozco de hace tiempo su vana objeción.

El arte es la rueda inmensa, y yo soy su Ixión.

Trabajo. ¿En qué? Pues... en todo; porque el pensamiento es una vasta puerta que abren á cada instante esos pasajeros llamados Honor, Deber, Razón, Duelo, y que todos tienen derecho á empujar. Veo arriba apuntar el eterno día; la tierra parece menor á quien ve más cielo; ofrezco á los difuntos, en mi alma presa del choque de los vientos, su recuerdo acrecentado con el olvido de los vivos. ¡Sí, amigos, trabajo! ¡Sí, escribo; sí, pienso! porque el soberbio sosiego es la recompensa del hombre que, sangrando, y no obstante tranquilo, trata de pensar más á fin de sufrir menos.

El soplo universal me envuelve y se apodera de mí. El porvenir lejano, fulgor de la montaña, se me aparece por encima de todos los negros horizontes. ¡Gracias á tales sueños nos erguimos de nuevo!

¡Oh estremecimiento del pensador al tornarse profeta! El trabajo, esa cosa inexplicable, formada

de vértigo, de esfuerzo, de yugo, de voluntad, acude cuando la llamamos, nos arroja una súbita claridad y vierte en nosotros todos los celos generosos, y, dócil, ardiente, altivo, abriendo bruscamente las alas apartando los dolores como si fueran ramajes, nos lleva al través del infinito, lejos de los males, lejos de la tierra, lejos de la desgracia, lejos del vicio, como un águila que en la sombra tiene uno á sus órdenes.

XII

POST-SCRIPTUM

.....
Me dices:—Acaba ya tu libro de las *Miserias*.

Amigo, para acabar ese vasto trabajo, necesito ante todo mi libertad de espíritu. Cuando en el cerebro de un hombre se mueve un mundo, el hombre no puede pensar en los jesuitas, en Roma, en el señor Bonaparte, en Faucher, en Molé. ¡Devuélveme el espacio inmenso y el cielo estrellado! ¡Devuélveme la soledad y la selva muda! No es posible ser á un tiempo poeta volador, y tribuno con Changarnier, águila en el ideal y buitre en el carnero.

XIII

Cuando camino hacia mi objeto augusto, lo que amenaza me sonríe. ¡Oh Dios! justo es lo que yo quiero, y lo quiero con firme voluntad.

Ni junio formidable y feroz, ni los gritos, ni la amarga risa, ni Bonaparte el del mirar atravesado, ni el viento soplando sobre el mar,

ni el odio, al que estoy expuesto, nada me hará vacilar. Si el mundo se derrumbara, su caída me aplastaría sin conmoverme.

XIV

Á UN NIÑO

Aún cuando sea uno de aquellos que en otro tiempo se inclinaron sobre tu cuna llena de tu joven voz, empiezas, niño, á no conocerme. No soy para tí sino un extraño, un ser desconocido, perdido en negras mañanas, un viajero cuya sombra da sobre otros caminos, alguien á quien se vió en otro tiempo, antes de los días fúnebres, cuando se era pequeño, pasar por las tinieblas; no piensas en mí más

que en el moscardón que no ha mucho volaba zumbando, que en tu pelota perdida, que en tu lámpara apagada; no más que en ese perfume de hierba y de alelí, que abril mezcla en la aurora y que sólo dura un instante; me dejaste alegremente caer de tu espíritu, como cuaderno acabado, lleno de garrapatos. Haces bien.

Tenemos, por desgracia, más memoria los que, viviendo mientras nacéis, leemos vuestro porvenir escrito en nuestro pasado; conmuévenos vuestra suerte, y con frecuencia permanecemos pensativos, nosotros, grandes niños, ante vosotros, pequeños hombres.

No te extrañe, pues, que, desde el fondo de los lúgubres horizontes, venga á tí, joven alma, y te diga:—Hablemos.

Deja por un momento tu pluma y cierra tu gramática, escucha: hete creciendo, con tu madre en pie á tu lado como un guardián celeste. Sola y viuda, entregada al capricho de los vientos, expuesta á los negros soplos que no respetan á nadie, tiende sobre tu frente su ala temblorosa, y vela; la paloma teme por la caña. Porque la suerte amenazadora nos acompaña desde la cuna; séase un joven príncipe, séase un pastorcillo, nadie escapa al destino; su testaruda uña se introduce en nuestros cabellos y, espantados, nos arrastra.

¡Oh, fija tu mirada en sus ojos adorados! Aquí abajo es tu madre y allá arriba es tu ángel. Esa mujer ha pasado por más de una extraña prueba. La sombra de ayer sombrea hoy. Ella acepta, estoica y sencilla, el áspero fastidio, el aislamiento, la afrenta

con que un necio nos apedrea, el odio de los malos, esa muela estúpida que en el molino aplasta un diamante lo mismo que un grano de mijo, y todos los dolores, consecuencia del destierro.

¡Oh, el destierro! ¡Es triste, se va, grave y macilento, arrastrando un duelo sin fin en el espacio sin límites, y, en el duro camino que hacia la sombra baja, sin cesar se ve caer gota á gota la sangre de las raíces del corazón que cuelgan, desgarradas!

La desgracia es el fuego en las ramas secas. Devora alegremente nuestros días desvanecidos.

Brillaba ella no ha mucho ante las miradas deslumbradas, semejante al mes de mayo acariciado por el céfiro, brillaba no hace mucho; actualmente llora. Aquel fulgor no duró sino lo que un relámpago dura.

Pero el augusto pensamiento habita en su ojo eruido; pero la desgracia que, aún hiriéndonos, nos venga, puso alas de águila en sus espaldas de ángel. Dios, oculto en la noche de aquel ser apenado, brilla y hace resplandecer su ceja transparente, el alabastro deja ver la luz inmortal, reluce su frente.

Tú, su hijo, estremécete ante ella, como el niño Graco cuando su madre se le acercaba; porque ella es la claridad de tu alba que nace.

¡Qué importa que la multitud lo ignore ó desconozca! Cuando la angustia oprimía su corazón, yo ví cómo sufría, yo ví cómo luchaba, y para mis adentros decía:—Esta mujer hubiera sido Arquidamia en Esparta ó Cornelia en Roma.

Niño, parécetele si quieres ser un hombre; porque ella es valiente; porque su dulce ojo femenino dirige una mirada viril al abismo; porque es un espíritu firme; porque es un verdadero valor. Nunca, bajo el cielo azul; nunca, ante la tormenta; nunca, retén esto aunque seas pequeño, en un seno más noble latió un corazón más grande.

Ella es mujer, no obstante, y son innumerables sus desgracias; pero un profundo azul llena su espíritu sombrío. Marcha á través de la vida, áspero bosque, y mira más allá de los ramajes; se diría que en la obscuridad busca la solución de un enigma; luego se inclina, semejante á un mástil que da sombra, y dice á la esperanza:—¡Vete!, al recuerdo:—¡Silencio! y al día que muere:—¡Acaba cuanto antes! Porque, siendo ella una conciencia pura, es un alma triste. Aún cavilando mucho tiempo, persiste su tristeza. La hiel de la injusta duda está en el fondo de su corazón, como en el fondo de un vaso hermoso un licor amargo. Es que ¡gimió ella tanto en esas lúgubres vías por las que Dios con nuestros dolores y las alegrías nuestras nos empuja! Una lágrima eterna vaga en torno de sus ojos... ¡Oh! ¡Inclinémonos ante esas frentes misteriosas que, débiles y dobladas, en la sombra en que Dios nos arroja, parecen hechas para llevar el mudo sufrimiento; á las que el destino, verdugo jamás cansado, persigue sin cesar; á las que todos los males de la tierra y todos los duelos cubren con su cilicio, tapan con sus velos, y que esperan de los cielos coronas estrelladas!

¡Ámala! ¡Dale tu corazón todas las mañanas!
¡Ríe! ¡Regocija esa alma con tu carcajada infantil!
Sé la ola pura que mece y acaricia al cisne. Cuando ella habla, adora; obedece á una señal suya. Sé su

consuelo y sé su defensor. Que la mentira vil, engañada en su negrura, venga trayendo la afrenta, te vea y se la lleve. Que se te vea ya valiente ante su puerta. Si la suerte, santa y encantadora ley, hubiérame dado el gran deber de hijo que á tí te confía, ¡oh, cómo hubiera dormido ella bajo mi guardia fiel! y, león para los demás, hubiese sido perro para ella. Sé bueno, sé dulce, sé tierno. Aparta con tu mano, ante sus piés delicados, las piedras del camino.

Oye: aún cuando por ella ¡oh pobre niño! dieras toda tu alma soplo á soplo y tu sangre gota á gota; aún cuando, arrodillado, besaras los pliegues de su vestido; aún cuando la contemplaras como se contempla un lirio, como se contempla un cielo ó una aurora, juntas las manos y los ojos cubiertos de lágrimas, todo ello aún no sería bastante respeto, bastante amor, para aquel ser de la pura frente á quien debes tus días.

Graba en tu joven espíritu, hijo de una noble mujer, estas palabras, que son como el adiós de un alma; niño, escúchame mientras esté yo aquí. Porque el ojo que brilla se apaga y la boca que habló se cierra, pues vivimos el tiempo necesario para desaparecer. Y adviértote, niño, que quizá sea yo de aquellos á quienes nunca se volverá á ver; de tal modo están en la obscuridad. Van envueltos en un torbellino de ruido, magullados, heridos, llenos los ojos de serenas claridades. El monstruoso huracán de los furores y de los odios, soplo que viene de abajo, dobla su frente pensativa. Su alma vuela, pájaro, de arrecife en arrecife. Atraviesan el choque de las fortunas varias, y su mano se agarra al mármol de las tribunas, á las leyes, á la patria, á las columnas

del derecho. Cuanto mayor es el peligro, más se acrecienta su deber; de la ola cada vez más negra su fe sale más robusta. Luchan por el bien, por el honor, por lo justo, por lo bello, por lo verdadero, dejando sangrar sus corazones. Se dice:—¿Adónde van? ¿Volverán vencedores? ¿Será más fuerte que todos la adversidad? Y mientras tanto el siniestro viento se los lleva; luego se les pierde de vista; y, al cabo de mucho tiempo, á orillas del mar léese su nombre bajo un ciprés.

22 diciembre 1853.

XV

Con frecuencia he llevado dura vida, proscrito, errante de lugar en lugar, triste y dirigiendo una mirada de envidia al sepulcro misterioso.

He recorrido á pie largas distancias, andando de noche, temiendo las voces, más lleno de sombras y de dudas que la fiera de los bosques.

¡Oh vencidos de las luchas civiles, desgraciados de vosotros! Nada os sirve. De noche atravesé las ciudades como se atraviesa un desierto.

Solo, contando mi escaso peculio, lejos de todos mis amigos ausentes, miraba, en el crepúsculo, ir y venir á los transeuntes.

El agua de los caminos mojaba mis polainas.

Cansado, dejábame caer sobre viejos bancos. Miraba por las ventanas la alegría de los astros flamígeros.

Oía reír bajo las cabañas á los aldeanos que comían; un extranjero es un fantasma; las paredes no le conocen.

Como Tulio al huir de Roma, caminaba, sin saber hacia dónde me dirigía, siendo acogido por aquellos á quienes nombro, rechazado por aquellos cuyo nombre callo.

El viento Norte silbaba sobre mi cabeza. Yo huía sin saber cómo, envuelto en la tempestad cual en un sombrío vestido.

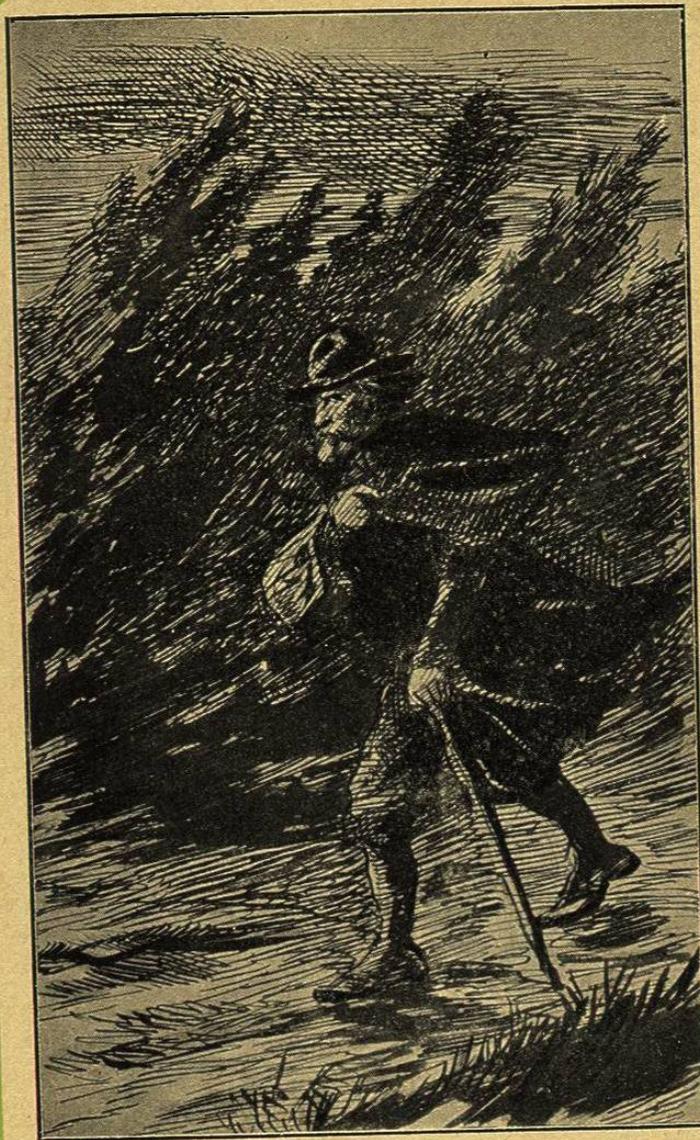
En guerra con la sombra en que nos hallamos, con la ola y el viento marino, con el cielo, con los hombres; en paz con mi sereno corazón.

Mi alma abría sus ojos fúnebres; todo estaba negro, no había cielo azul; pero veía en aquellas tinieblas la lejana blancura de Dios.

Me decía en mi sufrimiento:—Llorar es bueno, sufrir es hermoso. Porque la puerta de la esperanza se abre con la llave de la tumba.

A mi alrededor, rebaño alado, las estrofas cuyo enjambre me sigue, se arremolinaban descabelladas en los negros soplos de la noche.

Yo me hallaba seguro, al través de mis penas, de que era un justo acorralado, y de que las encinas y las rocas no podían odiar mi voz.



Hablaba á los astros de fuego; callarse no está bien sino en un maldito; y hacía cantar á mi alma para que oyera á la naturaleza.

No sé qué respuestas daban los vientos á mis canciones. He comido las moras de las malezas y he dormido bajo los arbustos.

14 octubre 1853. Jersey.

XVI

La cima está desierta, negra, feroz, inclemente; sombría escarpadura la rodea por todas partes; el horizonte no es otra cosa que una soledad; el universo es eterno en aquella cumbre áspera y ruda, y en ella encuentro ¡oh Señor! huellas de piés desnudos, que prueban que antes que yo estuvieron otros en ella. Y encuéntranse allí grillos y argollas, como en el presidio.

Yo estaba abajo, fijos los ojos en la montaña.

Dos seres han pasado mientras yo me encontraba allí; y sus miradas brillaban, hasta el punto de parecerme que aquellos dos desconocidos, radiantes bajo sus velos, para hacer de ellas sus ojos habían tomado dos estrellas; uno tenía el aire cándido, altivo el otro; ambos caminaban por el mismo sendero; y el uno murmuraba:—Cree; y el otro decía:—Piensa. Y en la frente del uno leíase: «Conciencia», y en la frente del otro leíase: «Verdad». Yo